

## Recuerdos de conversaciones con Karl-Otto Apel\*

### Memories of conversations with Karl-Otto Apel

VITTORIO HÖSLE\*\*

**Resumen:** Este artículo relata los numerosos encuentros del autor con Karl-Otto Apel. Cuenta sus conversaciones en ocasiones sobre temas personales, así como sobre la influencia de Apel en el desarrollo del autor que, aun siendo un idealista objetivo, se toma muy en serio el programa transformador de la filosofía de Apel.

**Palabras Clave:** pragmática trascendental e idealismo objetivo, Apel como persona.

**Abstract:** The contribution reports the various encounters of the author with Karl-Otto Apel, their discussions, partly of personal matters, and Apel's influence on the author, who, albeit an objective idealist, takes Apel's program of a transformation of philosophy very seriously.

**Keywords:** Transcendental pragmatics and objective idealism, Apel as a human being.

Mi relación con Karl-Otto Apel fue peculiar porque técnicamente no fui alumno suyo. Nunca estudié con él en Frankfurt ni pertenezco a la escuela de los pragmáticos trascendentales; al contrario, la crítica a la ética discursiva es una parte importante de mi propio quehacer filosófico. Pero todo esto no cambia el hecho de que existan muy pocos filósofos contemporáneos de los que, intelectualmente, haya aprendido tanto y que, como personas, me hayan fascinado tanto como Karl-Otto Apel. En mi libro (Hösle, 1990) he discutido detalladamente la filosofía de Apel y en (Hösle, 2013a) he tratado de determinar el lugar que le corresponde a la ética discursiva en la filosofía de la República Federal de Alemania, por eso en este artículo me voy a concentrar en mis encuentros personales con Apel, que recuerdo a menudo. Mi objetivo no es exponer la complejidad y el desarrollo de la obra de Apel, sino -ahora que ha abandonado este mundo tras casi un siglo de vida- dejar claro en qué consistía el enorme atractivo de su personalidad filosófica a quienes no tuvieron la suerte de conocerlo.

Existen pensadores cuya persona queda completamente eclipsada por la brillantez de sus libros, Apel era aún más brillante e impactante como persona que por su obra escrita. Cuando trato de imaginarme a Sócrates (cuya importancia en la historia mundial es, por

---

\* Contribución invitada por el Editor del monográfico. Publicada originalmente en alemán: «Erinnerungen an Gespräche mit Karl-Otto Apel» *Topologik*, 24 (diciembre 2018-abril 2019), pp. 53-63 ([http://www.topologik.net/Special\\_Issue\\_24\\_Karl-Otto\\_Apel\\_Vita\\_e\\_Pensiero\\_Leben\\_und\\_Denken\\_Volume\\_1.htm](http://www.topologik.net/Special_Issue_24_Karl-Otto_Apel_Vita_e_Pensiero_Leben_und_Denken_Volume_1.htm)). Traducción española de Norberto Smilg Vidal.

\*\* University of Notre Dame / USA ([vittorio.g.hosle.1@nd.edu](mailto:vittorio.g.hosle.1@nd.edu))

supuesto, única) no puedo sino atribuirle algunos rasgos de Apel -específicamente el sentido de la justicia, la confianza existencial en la razón práctica, la alegría al discutir (en algunas ocasiones, una alegría pícaro y maliciosa por la refutación inmanente del interlocutor) así como una comprensión del pensamiento y la pasión completamente inusuales en la filosofía académica alemana. Para Karl-Otto Apel la filosofía no era una especie de pasatiempo, una fuente de ingresos o un medio de satisfacer su propio instinto de poder (motivo por el que las cátedras vienen continuamente a menos en el sistema universitario alemán), *él vivía la filosofía*. A veces su pasión tenía rasgos obsesivos y como no todos la compartían, o simplemente carecían de su misma fuerza y resistencia para discutir, podía agotar a su oponente una y otra vez. Detlef Horster, que admiraba mucho a Apel, me contó que con ocasión de un congreso en Ámsterdam, Apel se precipitó hacia él porque no se sentía suficientemente bien reflejado en un ensayo suyo. Por la noche Horster lo acompañó al hotel y discutieron en el bar hasta las 3:30 de la madrugada. Horster, muerto de cansancio, le suplicó: „Señor Apel, no puedo más; tengo que irme ya a la cama“ y Apel le respondió: „No, no puede irse ahora. Usted tiene derecho a entender mi teoría“. Por una parte, ¿quién puede no pensar en la condición demoníaca de Sócrates, en el „Banquete“ de Platón, cuando prosigue después de una noche de fiesta? Y por otra parte, ¿quién puede evitar encontrar cómica y grandiosa al mismo tiempo esa mezcla de falta de empatía por la necesidad de dormir (Apel era una persona nocturna) y el más serio interés por el *derecho* del otro a la verdad? Como es natural, también resulta cómico que Apel parezca confundir derecho y obligación. Por la filosofía del derecho sabemos que la mayoría de los derechos no son, ciertamente, obligaciones (pensemos en el derecho de manifestación), aunque existen excepciones: El derecho del niño a ir a la escuela es, al mismo tiempo, una obligación. Obviamente, Apel entendió el derecho a la verdad de manera análoga a la obligación de esforzarse hasta lograr entenderla.

Vi a Apel por vez primera en el congreso sobre Hegel en Stuttgart en 1981, en el que habló sobre „Kant, Hegel y el problema actual de los fundamentos normativos de la moral y el derecho“.<sup>1</sup> Recuerdo vivamente lo impresionado que quedé con la conferencia de Apel. Entre la gran cantidad de conferencias que trataban sobre detalles históricos, sobre las fuentes y sobre la recepción de la filosofía hegeliana y junto a las conferencias de Quine, Davidson y Putnam (la única vez que tuve la oportunidad de ver a estos príncipes analíticos), conferencias en las que todos mostraron gran perspicacia pero que dijeron pocas cosas interesantes sobre Kant y sobre Hegel, escuché a alguien que había entendido realmente a Kant y a Hegel y no se limitó a „re-construirlos“, como se decía entonces, sino que los tomó en serio como interlocutores en una cuestión concreta y los confrontó con los problemas de hoy. Me impresionó particularmente, por una parte, cómo tomó Apel el concepto de eticidad de Hegel concibiéndolo como un progreso respecto a Kant y, por otra parte, cómo sometió a una aguda crítica la inaceptable solución que le da Hegel al problema de la relación entre teoría y práctica, así como a su teoría sobre la guerra.

Probablemente había escuchado con anterioridad la voz de Apel en el „Funkkolleg Praktische Philosophie/Ethik“, pues aunque -gracias a mis padres- crecí sin televisión, cuando era estudiante tenía una pequeña radio y por eso, no me perdí las discusiones de Apel con Hans Albert y Hermann Lübbe, por ejemplo. Aunque nunca he visto un partido en un estadio,

1 Fue publicada por primera vez en (Henrich, 1983, 597-624).

porque los hinchas que no corren y que sólo vociferan aún me agradan menos que el deporte, tengo que admitir que me hice fan de Apel con motivo de estas discusiones. No recuerdo todo lo que ya había leído de él en 1981. A finales de los años 70 y principios de los 80 se hablaba de la Escuela de Frankfurt en cualquier rincón filosófico. Supe de Habermas siendo todavía alumno del Instituto y fue Margaret Piller, una conocida de mi padre que se había casado con el gran italianista Gianfranco Contini, quien me llamó la atención sobre Apel. En 1977 y 1978 visité al matrimonio, primero con mis padres y luego yo solo, en sus casas de clase media-alta de Domodossola y Florencia. Allí Margaret me contó que había estudiado en Bonn con Habermas, quien siendo estudiante apreciaba mucho a un filósofo llamado Apel que era siete años mayor que él. „Apel ha hablado conmigo durante veinte minutos“, le dijo Habermas con orgullo en una ocasión. Aunque hoy en día Habermas es más famoso, definitivamente voy a ocuparme de Apel. Presenté mi primer trabajo de tutoría sobre la „Dialéctica de la Ilustración“ de Horkheimer y Adorno (que para muchos era un libro de culto) en la universidad de Tubinga, a la que me había trasladado desde Regensburg siendo aún estudiante, en el tercer semestre de 1977-78. Me atrajo la fuerza fenomenológica de su crítica a la cultura tanto como me irritó la apreciable inconsistencia de los propios autores; por eso agradecí escuchar que la legitimidad de la primera Escuela de Frankfurt debía quedar establecida por la segunda sobre un fundamento más sólido. Claro que hablaban más de Habermas que de Apel, pero descubrí enseguida que mis intereses se ajustaban más a Apel que a Habermas. Confieso que en mi etapa de Tubinga sólo leí un libro de Habermas: „Problemas de legitimación en el capitalismo tardío“, probablemente su obra más popular en aquella época; me sentí bastante decepcionado filosóficamente porque no mantenía bien separados los conceptos sociológico y ético de legitimidad, orientándose más hacia la filosofía social que hacia la ética. También advertí que ese libro estaba escrito para una determinada clientela política.

Por el contrario, la colección de trabajos en dos volúmenes de Karl-Otto Apel titulada „La transformación de la filosofía“ (Apel, 1973) me electrizó, porque en ella no se hacía una referencia meramente histórica al concepto reflexivo y fuerte de la razón, sino que se colocaba a la razón como fundamento de la ética y se utilizaba ese concepto con toda su fuerza argumentativa contra Heidegger y Wittgenstein, filósofos dominantes en el siglo XX. Al mismo tiempo, Apel reconoció en el enfoque de la intersubjetividad algo peculiar de la filosofía del siglo XX que llevaba más allá del centramiento en el sujeto propio de la filosofía transcendental clásica y que había que vincular al programa de una filosofía transcendental reflexiva. Esta era la transformación que él trataba de realizar y esa es la idea que, con otra forma y en un contexto filosófico diferente, he adoptado como mía.

Leí todos los ensayos de sus dos volúmenes para preparar un seminario que Apel impartió en marzo de 1983 en el „Istituto Italiano per gli Studi Filosofici“ de Nápoles sobre cuestiones de ética postconvencional. Para asistir a ese seminario recibí una beca gracias a la generosidad del presidente del Instituto, el abogado Gerardo Marotta. (Me conmovió especialmente que estos dos hombres, a quienes tanto debo, murieran en 2017 con una diferencia de solo 110 días. Apel era cinco años mayor que Marotta). La importancia de este Instituto, especialmente en los años ochenta y noventa, es difícil de estimar como lugar de encuentro filosófico internacional –por así decirlo, era el equivalente europeo de los Salones de la Ilustración en París. Estuve allí por primera vez en diciembre de 1982, poco después de mi doctorado y en 1984 conocí allí personalmente a Hans-Georg Gadamer a quien sólo había

escuchado en una ocasión, en 1980, como estudiante en Bochum -también conocí en Nápoles a colegas de Tubinga competentes en otras materias, como el sociólogo Friedrich Tenbruck y el especialista en cibernética Valentin Braitenberg. El seminario de Apel se celebró en la vivienda privada de Marotta en Viale Calascione, invadida por innumerables libros, pues el traslado al magnífico palacio barroco Serra di Cassano, construido por Ferdinando Sanfelice, aún no se había podido llevar a cabo. Esa mayor intimidad pudo contribuir a que Apel y yo nos acercáramos rápidamente tanto intelectual como personalmente. Todavía veo vivamente ante mí el recuerdo de Marotta en su sala de estar presentándome a Apel. No había venido solo, sino acompañado de su esposa Judith, una mujer extraordinaria y de su hija pequeña Katharina que estaba muy contenta porque había visto en Pompeya el mosaico del „Cave canem“ que ya conocía por su libro de latín. Quedé fascinado al ver que el famoso filósofo también era un hombre de familia. A través de Margaret Piller me había enterado de que también había adoptado a una niña de piel oscura, Michaela llamada Bárbara, a la que conocí más tarde en su casa de Niedernhausen. Apel era un padre tan cordial y natural que, cuando su esposa y él le explicaron a su hija que era adoptada y que su verdadero padre tenía la piel negra, Bárbara reaccionó con las siguientes palabras: „Ah, ya lo entiendo, papá se pintó de negro en una ocasión y luego se volvió a lavar la pintura“. ¿Acaso existe un reconocimiento más bello del espíritu universalista por el que siempre ha estado inspirada la ética de Apel? De manera parecida a como sucedió con su esposa, Apel se ganó a los que eran entonces sus ayudantes, Wolfgang Kuhlmann y Dietrich Böhler (a este último lo conocí personalmente en los años 90 en Essen, aun cuando en 1986 hice una reseña de su „Rekonstruktive Pragmatik“ (Böhler, 1985)). La amistosa fidelidad de toda la vida que mostraron ante su profesor es un signo brillante del conocimiento que Apel tenía de las personas, así como de las virtudes que hizo patentes en su vida profesional no menos que en su familia.

Alda Croce, hija del importante pensador italiano Benedetto Croce, cuya hermana mayor Elena Croce almorzó una vez con mi padre en Roma en 1972, estuvo presente también en la recepción de honor a Apel en casa de Marotta. Quedé fascinado por la circunstancia de que en la hospitalaria casa del generoso mecenas napolitano se encontraran la filosofía alemana y la italiana, en cierto modo soslayando las diferencias entre generaciones. Me conmovió poder conocer a Apel por primera vez en la misma ciudad en la que nació el más grande filósofo italiano, Giambattista Vico, a quien Apel dedicó la última parte de su tesis de acceso a cátedra [Habilitationsschrift] (Apel, 1963) y cuya obra principal traduciríamos completa al alemán Christoph Jermann y yo. El seminario de Apel fue como un castillo de fuegos artificiales de carácter intelectual y cumplió con todas mis expectativas. Me cautivaron cinco cosas, porque nunca las había vivido hasta entonces de esta manera. En primer lugar, Apel se movía como un virtuoso entre la filosofía teórica y la práctica. Desplegó en la ética la relación sujeto-objeto-cosujeto que, según él, era constitutiva de la filosofía teórica debido a la vinculación lingüística del pensamiento. En segundo lugar, Apel, que originariamente quería ser historiador mostró que conocía bien la historia de la ética y de las instituciones morales, pretendiendo interpretar su desarrollo con la ayuda del esquema de Kohlberg. También aplicó este esquema de manera ilustrativa y divertida al tráfico de Nápoles que acababa de conocer: „Aquí tenemos el segundo estadio de Kohlberg -después de todo, en Alemania hemos alcanzado el cuarto“. En tercer lugar, tuvo en cuenta los conocimientos de las ciencias particulares

-acabo de mencionar la psicología, pero sus conocimientos biológicos y sociológicos eran también impresionantes. Por eso, contaba que cuando era estudiante le había enseñado más una conferencia de Konrad Lorenz que muchas clases de filosofía. En cuarto lugar, le era extraño cualquier distanciamiento historicista. Cuando le pregunté por la relación entre autonomía y teonomía me respondió que ese problema ya había sido abordado por Meister Eckhart, „y también tiene su lugar conmigo“. Esta respuesta, que apenas podía imaginar en alguno de sus colegas me dejó perplejo y me produjo un enorme respeto. Y en quinto lugar, lo caracterizaba una seriedad moral incorruptible: quería saber qué es lo moralmente correcto y creía que era una cuestión que se podía resolver. Si entraban en contradicción con lo que el sostenía como evidentemente correcto, rechazaba sin reparos los enfoques más influyentes de la tradición. Así, la pregunta por lo moralmente correcto sería irreductible a la de la propia felicidad, como hay que saber desde Kant; Aristóteles queda así liquidado y todos los neoaristotelismos condenados al fracaso. Apel carecía completamente de la precaución calculadora de no pisarle los pies a aquellos colegas que más tarde podrían ponerle obstáculos a su propia carrera -precaución que ha sido reemplazada cada vez más por el propio trabajo material como factor decisivo de su carrera. Su franqueza y su buena fe fueron una bendición para el alma y la integridad incondicional que irradiaba junto a su inteligencia no despertó solamente admiración, sino también un profundo afecto. Cuando conocí a Hans Jonas en Nueva York en 1986 y cené con él en Nueva Rochelle, tuve sentimientos parecidos. Hans-Georg Gadamer, el tercero de los grandes filósofos alemanes a quien pude conocer personalmente, me encantó por su enorme formación, por su inteligencia, por su ingenio y por su extraordinario encanto; le estoy muy agradecido por el generoso apoyo que recibí de él, más aún porque conocía con exactitud mi crítica a sus trabajos y sin embargo, eso no le irritó lo más mínimo -cosa muy rara en el mundo académico, pero que expresaba la confianza interior que tenía en sí mismo derivada, entre otras cosas, de su procedencia académica de clase media-alta. Pero confieso que en esta persona maravillosa y perfecto caballero eché en falta la gravedad moral que poseían los éticos Apel y Jonas. Cuando me encontré con Gadamer por primera vez en Nápoles, estaba sentado como invitado de Marotta a una mesa abundantemente dispuesta en el Hotel Vesubio. Probablemente reconoció en mi mirada una leve extrañeza, pues se dirigió a mí en los siguientes términos: „Puede que Voltaire no fuera un gran filósofo, pero tenía razón en una cosa: Les bonnes choses ne sont pas seulement pour les idiots.“ ¿Se pueden imaginar esas palabras en Jonas o en Apel?

Viajé a Nápoles para aprender en el seminario de Apel. Pero confieso que también quería discutir con él la idea básica de mi tesis doctoral [Dissertation] que en aquél momento todavía no se había publicado. Se trataba de una teoría de los ciclos en la historia de la filosofía que señalaba el idealismo objetivo como el punto álgido del ciclo correspondiente (Höslé, 1984). Megalómano, como a veces son los jóvenes, me había propuesto en realidad convertir a Apel al idealismo objetivo, la única filosofía que me había parecido convincente desde que, con dieciocho años, comencé a entrar en la filosofía de Platón y Hegel (y aunque los juicios filosóficos formulados a los dieciocho años rara vez son irrefutables, tengo que admitir que, después de cuarenta años de trabajo intelectual, ese juicio en particular me parece que sigue siendo correcto). Ahora bien, ni entonces ni después logré hacer que Apel cambiara de opinión. Pero lo que más me abruma retrospectivamente es la enorme apertura con la

que escuchó mis ideas. La casa de Marotta está situada en la parte alta del casco antiguo de Nápoles y para llegar hasta el hotel Vesubio, donde se alojaba Apel, era necesario bajar una larga escalera, parte de la cual era incluso de propiedad privada -a veces salía un hombre de repente y exigía un peaje ridículamente pequeño. Pero ni este Cerbero, ni la panorámica seductoramente bella del Vesubio y del golfo de Nápoles con sus magníficas islas distrajerón a Apel, de modo que me permitió generosamente acompañarlo al hotel en varias ocasiones. Después de tantas horas de seminario, Apel estaba agotado y eso, probablemente, me dio la oportunidad de insistir en mis ideas durante más tiempo del que me hubiera sido posible de otra manera. El ritmo de nuestra conversación era más o menos igual de rápido, por lo que pude proponer algunas cosas. Al principio no estaba seguro de si realmente me estaba escuchando, pero me sentí muy honrado y agradecido cuando, al día siguiente o dos días después, me explicó: „Ayer o antes de ayer afirmó usted tal cosa; no reaccioné de inmediato porque quería reflexionar sobre ello, pero eso no puede ser así por tal y cual razón“. Ser tomado tan en serio por un filósofo de fama mundial cuando yo sólo tenía 22 años era un tremendo honor y una enorme motivación. Creo que Apel encontró interesante mi teoría por tres motivos. En primer lugar, le gustaba el hecho de que alguien fuera aún más reacio al historicismo relativista que él mismo. En segundo lugar, puesto que usaba el esquema de Kohlberg para el análisis de la historia de la ética, estaba interesado en una interpretación integral de la historia de la filosofía; y naturalmente, le llamaron la atención las analogías entre la sofística y la Ilustración. Y en tercer lugar, aunque el idealismo objetivo le resultaba inquietante (a causa de Platón, lo asociaba a la iliberalidad), desde la última etapa de su filósofo americano preferido, Charles Sanders Peirce, también le resultaba familiar como una posición que no era en absoluto desatinada. No le disgustaba que alguien quisiera asumir el riesgo de dedicar su vida a la renovación de esta posición porque, como me explicó más tarde, pocas cosas le molestaban más que la petulante declaración „algo así ya no es posible hoy en día“, pues esto no es en absoluto un argumento. Estaba más dispuesto a soportar el fanatismo misionero que mostraban los jóvenes platónicos y hegelianos. Ya en nuestro primer encuentro, al cabo de unos días, me preguntó: „Supongamos por un momento -de forma puramente contrafáctica- que usted tuviera razón respecto al idealismo objetivo. ¿Cree usted realmente que un hombre de mi edad cambiaría de posición?“ Mi reacción fue: „Sería cosa imposible casi para cualquier otra persona, pero no lo es para aquél que cree en la fundamentación última de la razón“. Nunca olvidaré su mirada que oscilaba entre „touché“ y „la tenacidad de este hombre es desesperada“. Cuando se publicó mi tesis doctoral, Apel la leyó a fondo y escribió al respecto: „Hasta donde yo entiendo, Hösle es el primer filósofo de Alemania que, en primer lugar, ha entendido lo fundamental de la ética discursiva que defendemos Habermas y yo mismo -en especial la fundamentación última pragmático-transcendental- y en segundo lugar, no la considera excesivamente exigente, sino -al contrario- la considera como no suficientemente exigente (Apel, 1988a, 103-153, 104).

Además de los problemas propios de la Filosofía Primera, surgieron de forma natural las diferencias entre Alemania e Italia como temas de conversación durante las cenas en las que pude participar con frecuencia gracias a la generosidad de Marotta. Apel estaba sinceramente interesado en el país anfitrión y había estudiado a fondo su tradición en filosofía del lenguaje, de modo que la conversación recayó en Theodor Elwert, pues Apel había emitido un dictamen sobre su tesis de acceso a cátedra en Maguncia, que trataba sobre filología románica.

Yo había leído su libro „Das zweisprachige Individuum“ [„El individuo bilingüe“] y debido a mi condición bilingüe, Apel me animó a trabajar en la relación entre lenguaje y pensamiento -sugerencia a la que hice caso en mi hermenéutica, aunque lamentablemente sólo de forma muy básica. Apel explicó que aunque él podía expresarse en inglés casi sin cometer errores, sin embargo carecía de la fluidez que tenía en su propia lengua materna -y añadió que esos dos idiomas no eran congruentes, como lo demuestra el hecho de que las versiones en inglés de sus textos tenían una extensión llamativamente más corta que los originales en alemán. Alababa la fidelidad de Wittgenstein a la lengua alemana y se refirió con franca alegría al retorno de Hans Jonas al idioma alemán en „El principio responsabilidad“, que ya le había encantado en aquella época. Aquí se advierte cuánto le debía el filósofo transcendental al lingüista Leo Weisgerber, su maestro en Bonn. Durante nuestra conversación se nos acercó de repente un señor, desconocido por todos nosotros y que estaba sentado solo en la mesa de al lado. Nos dijo que había escuchado nuestra conversación con mucho interés, ya que había crecido en Viena con seis idiomas. Me felicitó por mi alemán y Apel le respondió que no había nada que felicitar pues esa era mi lengua materna. No, respondió el desconocido señor, este joven debe haber tenido el italiano como lengua materna; su tono en alemán es claramente el de un italiano. Admití que no había empezado a estudiar alemán hasta los seis años (de modo que, según la definición de Elwert, no soy en absoluto bilingüe) y Apel quedó impresionado por las habilidades fonéticas de este nuevo Harry Higgins<sup>2</sup>, que le habían permitido establecer un diagnóstico correcto.

El siguiente encuentro tuvo lugar en 1985 en Frankfurt, cuando Apel me invitó a las jornadas sobre „Moralidad y eticidad“ organizadas por él y por Habermas con el apoyo de Marotta. En su aportación (que ya se ha citado y que, en un principio trataba de mi tesis doctoral), Apel defendió con elocuencia la necesidad de un principio estratégico complementario de la ética discursiva. Sin embargo, mi propia conferencia sobre la crítica de Hegel a la cultura india no fue bien recibida porque destaqué los elementos no universalizables de la cultura india desde posiciones demasiado eurocéntricas y sobre todo, con un exceso de apoyo en Hegel. (Al menos recibí un cumplido de la amable Gertrud Nunner-Winkler, cuando dijo que Apel y yo éramos como dos cometas que se habían dado cita). Apel estaba claramente desilusionado conmigo, pero su crítica fue muy constructiva. En lugar de suponer, como Hegel, un desarrollo lineal de las culturas, habría que concentrarse en el desarrollo interno de las culturas particulares. Quedó claro que valoraba a Arnold Joseph Toynbee. Este consejo fortaleció mi deseo de estudiar a fondo la primera gran teoría de ciclos, la de Vico, y comprendí que debía deshacerme de la excesiva dependencia de Hegel (mi tesis de acceso a cátedra trataba sobre el sistema hegeliano) si quería tener éxito como filósofo sistemático. También fue muy fructífero el encuentro con Wolfgang Kuhlmann, pues en su libro „Reflexive Letztbegründung“ (Kuhlmann 1985) pudo presentar el planteamiento de Apel con la forma de una monografía cuando antes sólo lo había publicado como artículo. Sin embargo, en esta clara visión de conjunto, se aclararon también los puntos débiles de ese enfoque y así lo desarrollé en mi artículo „Die Transzendentalpragmatik als Fichteanismus der Intersubjektivität“ (Hösle, 1986).

---

2 N. del T. Se refiere a un personaje de la obra de teatro *Pigmalión*, de G. B. Shaw, que representa a un experto profesor especialista en fonética.

En 1986 me encontré con Apel en Bad Homburg, en las primeras jornadas del „Forum für Philosophie”, así como en una reunión de la „Internationale Hegelgesellschaft” en Zúrich. Aunque creo que la de Zúrich sólo fue la tercera o cuarta vez que nos encontramos, Apel habló muy abiertamente sobre su biografía en una larga conversación en privado. Le pregunté por su relación con la religión, pues en Frankfurt ya quiso saber cómo encajo yo el hegelianismo con el catolicismo. Aunque era culturalmente protestante, en aquel momento reconoció enseguida ante mí que el catolicismo le otorgaba a la razón un valor más elevado que el protestantismo, especialmente Lutero. Nunca olvidaré lo que me contó en Zúrich: una vez sufrió una enfermedad psicosomática que le impidió caminar durante un tiempo. Desde la cama veía a las ardillas saltando de árbol en árbol y se dijo a sí mismo que su confianza en que no se caerían era un equivalente de eso que las personas llamaban „fe“. Parecía entenderla como una confianza prerreflexiva básica en que es posible vivenciar la vida [die Lebbarkeit des Lebens], reconociendo que la filosofía también debería presuponer tal confianza. En aquel momento, la fidelidad y el amor de su esposa le permitieron recuperar la confianza básica en la vida. Aún hoy, no puedo ver alguna de las ardillas que pululan por nuestro jardín sin pensar en esa comparación.

La única vez que estuve en la casa de Apel en Niedernhausen fue a principios de 1988, con motivo de hacerle una entrevista para la televisión estatal italiana, RAI. Poco después volé a Nueva York, donde había obtenido un puesto en el Departamento de Filosofía de la „New School for Social Research”, en parte gracias a los informes positivos de Apel y Gadamer. (Apel intentó llevarme a Frankfurt en 1986, pero me faltó un voto y quedé en segundo lugar para una plaza de profesor de categoría C-3). Nos encontramos en varias ocasiones en eventos académicos -por ejemplo en 1990 en Ulm y en 1991 en una ocasión en Ciudad de México y en otra en Dubrovnik. En el primer caso organizó las jornadas Enrique Dussel, en el segundo seminario estuvo presente Niklas Luhmann. Tuve muchas oportunidades de advertir lo seriamente que se esforzaba Apel por pensar desde dentro el enfoque de sus colegas de otros países y disciplinas. Tenía un interés existencial por los problemas del Tercer Mundo y por determinar las obligaciones morales de los países ricos respecto a los del Tercer Mundo. Se encontraba más alejado del sociólogo Luhmann; me susurró con agudeza que no estaba claro si Luhmann era un genio o un charlatán. Yo mismo no puedo resolver todavía esa cuestión (pues existen posibilidades intermedias) pero no me cabe ninguna duda de que Luhmann era uno de los intelectuales más disciplinados que he conocido. Poco antes de despegar en Múnich me enteré de que nuestro vuelo no pararía en Zagreb, según lo previsto, sino que iría directamente a Belgrado: esto fue unas semanas antes del estallido de la guerra civil y las relaciones entre las diversas partes de los Estados yugoslavos ya eran sumamente tensas. Pasamos cuatro horas en Belgrado antes de que estuviera claro que nos llevarían en otro avión a Zagreb. La tensión en la sala de embarque era enorme; se notaba, casi físicamente, que se preparaba una explosión de violencia. No pude leer nada, sólo caminaba de un lado a otro observando a la gente. En ese lugar sólo había una persona que estuviera completamente tranquila: leía concentrado y tomaba notas. A la mañana siguiente fue presentado en el seminario como Niklas Luhmann.

Las conferencias que redacté por invitación de Apel tanto en Ciudad de México como en Dubrovnik trataron sobre el Tercer Mundo como problema filosófico y sobre la



dialéctica entre la racionalidad estratégica y la comunicativa. Cuando las unifiqué, junto con otros textos, para publicar mi primer ensayo titulado „Praktische Philosophie in der modernen Welt“ sentí la necesidad de dedicárselo a Apel. Creo que nos vimos en dos ocasiones durante mi estancia en el „Kulturwissenschaftliches Institut“ de Essen. Lo invité a un almuerzo espartano en mi casa y tuve las conversaciones más personales con él desde nuestro encuentro en Zúrich. Habló mucho de sus años como oficial de la Wehrmacht. Se alistó „voluntariamente“ con toda su clase por supuesto, lo que limitó drásticamente la voluntariedad. Me contó lo importante que había sido para él que los camaradas y superiores más enérgicos lo tomaran en serio como intelectual durante el curso de formación de oficiales. Aunque al principio había aceptado más o menos la idea de una „mission civilisatrice“ de Alemania hacia Rusia, pronto le entraron dudas sobre la guerra en el frente oriental. Rápidamente quedo horrorizado por los crímenes de la Wehrmacht. Contaba que durante la retirada, las fuerzas armadas del Reich habían conquistado de nuevo una ciudad (creo que se refería a Járkov) y que, lanzándoles octavillas, les habían prometido a los soldados soviéticos que si se rendían, se salvarían. A pesar de ello, los prisioneros de guerra fueron fusilados. Apel protestó fuertemente ante su oficial superior, porque esa acción era contraria al derecho internacional y contradecía sus propias promesas. Incluso llegó a utilizar el argumento estratégico de que tal incumplimiento de la palabra dada impediría que otros se rindieran en el futuro. Es importante destacar que para él, incluso en aquel momento, no era ese el argumento moral decisivo, sino que sólo lo había utilizado esperando que fuera más eficaz. Pero todo resultó infructuoso. No obstante, le dijeron que él no tenía que participar en el fusilamiento. Apel me confirmó que encontraron suficientes personas que voluntariamente, incluso de buena gana, llevaron a cabo ese asesinato. Llevaba mucho tiempo con ese asunto, reprochándose fuertemente a los implicados y aún ahora, más de medio siglo después, se podía notar cómo se conmovía con todo esto. Nunca lo había visto tan emocionado. Le pregunté directamente si él mismo había matado a alguien en la guerra. Me contestó que creía que no, pero que para él había sido más fácil que para otros soldados, puesto que había sido técnico de telecomunicaciones. Para él era muy importante dejarme claro que, a veces, era simplemente una cuestión de suerte el no tener que matar en una guerra. De nuevo me sentí abrumado por esa combinación de decencia, coraje cívico y falta total de vanidad moral. Aunque, a mi parecer, Apel subestimaba la importancia del concepto de virtud en la ética, él poseía personalmente todas las virtudes decisivas y después de esta conversación comprendí todavía mejor por qué la búsqueda de una fundamentación última de la moral, más allá de la apelación a la tradición, tenía que provenir de un hombre que „en esta ocasión –es decir, al despertar tras la catástrofe (o sea, tras la era de Hitler)– experimentó en sí mismo la destrucción de la autoconciencia moral... y posiblemente por ese motivo ha llegado a ser filósofo“, según ha escrito el propio Apel en su texto más autobiográfico (Apel, 1988b, 370-474, 371). Sin embargo, hay que corregir a Apel en una cosa. El reino del terror nacionalsocialista limitó inevitablemente su autoconciencia moral que, sin embargo, permaneció indestructible.

En 1997 nos encontramos en las jornadas sobre Hegel en Bamberg, donde discutimos públicamente sobre la globalización y más tarde en Nápoles, en el Instituto, con motivo de una jornada de la UNESCO. En Nápoles estaba también, por casualidad, el historiador de la matemática Imre Tóth, que fue profesor mío en Regensburg y que estaba allí invitado por el

Instituto. Me alegró mucho este encuentro, porque había aprendido mucho de ambos y para mí era evidente la estrecha conexión entre el descubrimiento de la pluralidad de geometrías y la teoría de la fundamentación última. Pero tuve que constatar que mis dos profesores no se caían mutuamente bien. ¿Se trataba sólo de diferentes caracteres y de distintos intereses intelectuales? Tengo la sospecha de que en esa antipatía jugó un papel subliminal el hecho de que Tóth tenía una desconfianza profundamente arraigada ante los alemanes de su misma edad (Apel era sólo tres meses más joven) pues sus padres fueron gaseados como judíos y él mismo había escapado por poco del Holocausto. Mi último encuentro con Apel tuvo lugar en Hildesheim en el año 2000, con ocasión de una conferencia del „Forschungsinstitut für Philosophie“ de Hannover a la que yo le había invitado. Judith Apel lo acompañó y le enseñó y explicó las magníficas iglesias de Hildesheim con una imponente competencia en historia del arte. Desde 1999 vuelvo a dar clase en los EEUU y en parte por estar en otro contexto profesional y por mi rechazo a hacer muchos vuelos transatlánticos por razones ecológicas, en parte por las obligaciones familiares que comportan tres hijos, en parte porque he tenido que concentrarme en el cuidado de mis padres ancianos que viven en Alemania, cuando he estado en Europa no he podido llevar a cabo nuevos encuentros, además de que he tenido que descuidar otros muchos contactos europeos. Pero siempre escribí a Apel por su cumpleaños, incluso el último, el número noventa y cinco. Pues mi admiración por el pensador y por la persona era enorme.

Esa admiración no disminuyó por la circunstancia de que mi propio destino filosófico me condujera en otra dirección. Eso es válido tanto desde el punto de vista formal como respecto al contenido. Mis estudios de Hegel me convencieron pronto de que la forma más difícil de hacer filosofía, pero también la más satisfactoria, es el sistema, por lo que elaborar monografías abarcales era, para mí, más importante que escribir un nuevo ensayo para cada nueva conferencia. Respecto a los contenidos, rechazo la división de la ética en dos partes que hace Apel, una parte A y una parte B; y así, en „Moral und Politik“ (Hösle, 1997) presenté una ética material integral y una filosofía política. Además, cada vez me parecía más claro que una teoría de la intersubjetividad sólo se podría realizar desde la base de una teoría de la subjetividad. Para eso es preciso, por una parte, discutir en profundidad el problema alma-cuerpo que Apel evitó siempre por considerarlo insoluble y así me lo confesó francamente; y por otra parte, hace falta una teoría de los actos mentales, sin la cual es completamente imposible una filosofía del lenguaje, pues los sonidos sólo tienen significado cuando se interpretan. Me acuerdo bien de cuando Apel, estando todavía bajo el hechizo de Wittgenstein, me comunicó su aversión hacia Paul Grice y su desilusión por el giro de John Searle desde la filosofía del lenguaje a la filosofía de la conciencia. Por otra parte, mi propia hermenéutica (Hösle, 2018) le debe mucho a estos dos pensadores, Donald Davidson y Edmund Husserl. ¿Se trata de un retorno al segundo paradigma de la subjetividad? Bueno, en cierto sentido, sí, del mismo modo que el idealismo objetivo se toma el primer paradigma ontológico mucho más en serio de lo que lo hace la pragmática trascendental. Mis aportaciones tanto a la filosofía de la religión (Hösle, 2013b) como a la filosofía de la naturaleza no habrían podido germinar en el terreno de la pragmática trascendental. Por último, me fascinaban cada vez más los problemas estéticos, para los que Apel no encontró tiempo para adentrarse teóricamente en ellos, a pesar de que amaba las bellas artes y la música.

Aunque otros pensadores intentaran arrinconar la influencia de Apel en mi trabajo, lo cierto es que muchos de mis esfuerzos por lograr un idealismo objetivo contemporáneo estuvieron determinados, por un lado, por la idea de fundamentación de Apel y por otra parte, por su „imperativo de transformación“. Del mismo modo que él, rechazo *a limine* las teorías performativamente contradictorias, por más que el fenómeno me fascine estéticamente en el marco de una teoría de lo cómico. Y en cuanto al tema de la intersubjetividad: en la filosofía de la religión mi preocupación central es encontrar una explicación racional para la idea de la Trinidad; en la filosofía de la naturaleza me interesan especialmente las formas de socialidad de lo orgánico; mientras que en lo que se refiere a los actos proposicionales, me atraen aquellas personas que se orientan por los actos proposicionales de otros sujetos. Un objeto de investigación particularmente importante para mí es el panorama de las relaciones interpersonales -desde las relaciones de poder, tematizadas en el capítulo quinto de „Moral und Politik“, hasta las eróticas que he analizado a partir de su reflejo en las películas de Eric Rohmer (Hösle, 2016). En el campo de la poética estoy interesado, sobre todo, en el drama que presenta conflictos entre personas y entre las formas literarias de la filosofía, la que he estudiado más a fondo es el diálogo filosófico (Hösle, 2006).

Desconozco si Karl-Otto Apel me consideró, finalmente, como un alumno legítimo o como un disidente. Sin embargo yo lo considero a él, en cualquier caso, como uno de mis más importantes maestros y mi gratitud hacia él incluye a la buena persona en la misma medida al menos que al eminente pensador.

## REFERENCIAS

- Apel, K.-O., (1963), *Die Idee der Sprache in der Tradition des Humanismus von Dante bis Vico*, Bonn, Bouvier, <sup>3</sup>1980.
- Apel, K.-O., (1973), *Transformation der Philosophie*, Frankfurt, Suhrkamp. (Traducción castellana, Madrid, Taurus, 1985).
- Apel, K.-O., (1988a), „Kann der postkantische Standpunkt der Moralität noch einmal in substantielle Sittlichkeit „aufgehoben“ werden?“, en: Karl-Otto Apel, *Diskurs und Verantwortung*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Apel, K.-O., (1988b), „Zurück zur Normalität? – Oder könnten wir aus der nationalen Katastrophe etwas Besonderes gelernt haben?“, en: *Diskurs und Verantwortung*, Frankfurt, Suhrkamp. (Existe traducción al castellano de la primera parte de este trabajo en: Apel, K. O., Cortina, A., de Zan, J., Micheli, D. (eds.): *Ética comunicativa y democracia*, Barcelona, Crítica, 1991, 70-117).
- Böhler, D., (1985), *Rekonstruktive Pragmatik*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Henrich, D., (edit.), (1983), *Stuttgarter Hegelkongreß 1981. Kant oder Hegel? Über Formen der Begründung in der Philosophie*, Stuttgart.
- Hösle, V., (1984), *Wahrheit und Geschichte. Studien zur Struktur der Philosophiegeschichte unter paradigmatischer Analyse der Entwicklung von Parmenides bis Platon*, Stuttgart-Bad Cannstatt, Fromman-Holzboog Verlag.
- Hösle, V., (1986), „Die Transzendentalpragmatik als Fichteanismus der Intersubjektivität“, en *Zeitschrift für philosophische Forschung* 40, 235-252.

Hösle, V., (1990), *Die Krise der Gegenwart und die Verantwortung der Philosophie. Transzendentalpragmatik, Letztbegründung, Ethik*, Múnich, C. H. Beck,<sup>3</sup>1997.

Hösle, V., (1997), *Moral und Politik*, Múnich, Beck.

Hösle, V., (2006), *Der philosophische Dialog*, Múnich, Beck.

Hösle, V., (2013a), *Eine kurze Geschichte der deutschen Philosophie*, Múnich, C. H. Beck.

Hösle, V., (2013b), *God as Reason*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.

Hösle, V., (2016), *Eric Rohmer. Filmmaker and Philosopher*, Londres, Bloomsbury Publishing PLC.

Hösle, V., (2018), *Kritik der verstehenden Vernunft*, Múnich, Beck.

Kuhlmann, W., (1985), *Reflexive Letztbegründung*, Friburgo/Múnich, Alber.

